862.8
T2553a
v.3
no.7

El Donado Fingido

THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
LIBRARY

THE
BORRAS COLLECTION
FOR THE STUDY OF
SPANISH DRAMA

ACQUIRED THROUGH GIFT
FROM THE CLASS OF 1923

~~862.8~~
~~R253a~~
~~v.3~~
~~no.7~~

a 00003 478212

This book must not be taken from the Library building.

UNTA DELEGADA
DEL
ESORO ARTISTICO
bros depositados en la
Biblioteca Nacional
Procedencia
T. BORRAS
N.º de la procedencia

ONADO FINGIDO.

IA EN DOS ACTOS EN VERSO.

PERSONAS.

de
le D. Leopoldo.
, Donado.
Teodora, criada.
Bartolo, criado.
Un Alcalde.
Un Escribano y dos Ministros.

La escena es en Madrid en casa de D. Leopoldo.

Sala con mesa y sillas: dos puertas al foro, una á un lado y otra á otro. Otra puerta á la derecha que figura la entrada, y una escribanía en la mesa.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Bartolo escribiendo y Teodora.

Teod. Qué diantres estas ahí
á estas horas escribiendo?
por qué no duermes la siesta,
y te dejas de embelecos?
Bart. Estas cuentas de partir
me traen al retortero,
que no las puedo entender,
ni salen por mas que muelo.
Teod. No son para tu cabeza:
piden mucho entendimiento,
y cuando al mundo saliste
andaba caro ese género.
Bart. Cómo que no?
Teod. Como no:
es bien claro y manifiesto:
á todas horas estás
con la pluma y el tintero
egercitando las cuentas,
y cada vez sabes menos:
de suerte que te sucede
lo que sucedió al herrero
de Arganda, que machacando
olvidó el oficio presto.
Bart. No, pues como yo me empeñe...
Teod. Te sucederá lo mesmo.
Bart. Que, si son tan enredosas!
Mira tú, solo en un cero,
y diez veces la he sacado,
encuentro siempre el tropiezo!
y por mas que doy y doy,
me zanjo en él, y le yerro.
Teod. Vaya, déjate de cuentas,
y marcha ahora en un vuelo
á ver si estan los zapatos
en casa del zapatero,
que los necesita el ama
para marcharse á paseo.
Bart. La señorita no piensa
otra cosa que en bureo! (*Se levanta.*)
y luego dice que el padre
la sofoca, que un momento
no la deja sin estar
hecho un perrito faldero.
Teod. Eso á ti nada te importa,
haz con prontitud y esmero
lo que tus amos te mandan
sin indagar sus secretos.
Obedecer y callar.
Bart. Que la oprime: no es mal cuento!

867.8
T253n
v.3
764519

EL DONADO FINGIDO.

COMEDIA EN DOS ACTOS EN VERSO.

PERSONAS.

D. Leopoldo, padre de
D.ª Isabel.
D.ª Cecilia, hermana de D. Leopoldo.
El Hermano Toribio, Donado.
Teodora, criada.
Bartolo, criado.
Un Alcalde.
Un Escribano y dos Ministros.

La escena es en Madrid en casa de D. Leopoldo.

Sala con mesa y sillas: dos puertas al foro, una á un lado y otra á otro. Otra puerta á la derecha que figura la entrada, y una escribanía en la mesa.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Bartolo escribiendo y Teodora.

Teod. Qué diantres estas ahí
á estas horas escribiendo?
por qué no duermes la siesta,
y te dejas de embelecos?
Bart. Estas cuentas de partir
me traen al retortero,
que no las puedo entender,
ni salen por mas que muelo.
Teod. No son para tu cabeza:
piden mucho entendimiento,
y cuando al mundo saliste
andaba caro ese género.
Bart. Cómo que no?
Teod. Como no:
es bien claro y manifiesto:
á todas horas estás
con la pluma y el tintero
egercitando las cuentas,
y cada vez sabes menos:
de suerte que te sucede
lo que sucedió al herrero
de Arganda, que machacando
olvidó el oficio presto.
Bart. No, pues como yo me empeñe...
Teod. Te sucederá lo mesmo.
Bart. Que, si son tan enredosas!
Mira tú, solo en un cero,
y diez veces la he sacado,
encuentro siempre el tropiezo!
y por mas que doy y doy,
me zanjo en él, y le yerro.
Teod. Vaya, déjate de cuentas,
y marcha ahora en un vuelo
á ver si estan los zapatos
en casa del zapatero,
que los necesita el ama
para marcharse á paseo.
Bart. La señorita no piensa
otra cosa que en bureo! (*Se levanta.*)
y luego dice que el padre
la sofoca, que un momento
no la deja sin estar
hecho un perrito faldero.
Teod. Eso á ti nada te importa,
haz con prontitud y esmero
lo que tus amos te mandan
sin indagar sus secretos.
Obedecer y callar.
Bart. Que la oprime: no es mal cuento!

867.8 T253a v.3 764519

Todas son exhortaciones.
Yo no lo sé, ni lo entiendo;
en mi lugar de otro modo
se crian.

Teod. Eh! majadero,
qué entiendes de educacion?
qué has de haber visto en tu pueblo?

Bart. Juzga tenerla segura
con haber á D. Juan hecho
salir de aqui mas que á paso
á Sevilla? Pobre necio!

Teod. Qué tienes tú que meterte
en los negocios agenos?

Bart. A la niña le aprovechan
las repasatas del viejo:
todo su afan y conato
es que siga los consejos
de ese maldito ermitaño,
y que tome en él egemplo.
No son malos perillanes
ambos á dos. Pobre viejo!
Para el dia que á Bartolo
se le amotinen los sesos
en el desvan de la chola
y suelte la de sin hueso,
empiezo á cantar mas claro
que lo que canta un gilguero.

Teod. Que cantes ó que no cantes
á qué nos vienes con eso?

Bart. Yo me entiendo, si señora,
yo bien se lo que me pesco:
tasadamente soy yo.....

Teod. El mayor de los camuesos.

Bart. El se saldrá con la suya,
no ha de haber otro remedio,
que apechugar, y cargar
con la hija y con el yerno.

Teod. No ensartes mas disparates:
marcha, babieca, y silencio.
Cualquiera que te escuchara
dijera que estabas hecho
un zague.

Bart. Sí, disparates:
tu misma lo estas oyendo;
pero disimulas, callas,
y vas llevando los genios.
El bueno del hermanito
parece un padre del yerno
cuando está á la vista el amo,
y luego le hace mil requiebros
á la señorita á solas
cuando nadie le está oyendo.

Teod. Que es lo que te ha hecho á ti,
que estas con él rostrituerto?

Bart. Nada, nada, una bicoca:
no me pasa de aqui adentro.

Teod. Pero que? que has observado?

Bart. Que es un tuno muy completo
y que no es lo que parece,
con fundamento sospecho.
El con sus gazmoñerias
consiguió meter el cuezo
en casa y á costa agena
comer á carrillos llenos.
Con el hijo de mi madre
podia venirse á juegos.
Es un pillastron de playa,
quiera Dios que no sea cierto.

Teod. No disparates ya mas:
calla, y marcha.

Bart. Yo no puedo
callar al ver tales cosas
como las que aquí estoy viendo.
Con la mística ha sabido
sorber al padre los sesos,
y hacerle creer que es ángel
siendo un diablo del infierno.
Con la hija allá á sus solas
usa tales argumentos,
que la persuade no debe
obedecer los preceptos
de su padre, y qué sé yo....
Teodora, si, yo me entiendo:
como á mi me lo dejáran,
con una vara de frezno
le había de moler bien
las costillas.

Teod. Yo no he hecho
tan mal juicio como tu.

Bart. Pues yo le hago, y acierto.

ESCENA II.

Dichos y Doña Isabel.

Isabel. Teodora?

RBC/NcU

Teod. Qué quereis?
Isab. Dijiste á Bartolo eso?
Teod. Ya se lo he dicho.
Isab. Pues cómo
no se ha marchado al momento?
Bart. Sois vos, señora, muy viva,
y yo al contrario, muy lerdo.
Isab. Pues aviva cuanto antes,
y haz por estar aquí presto.
Bart. Y si la ida es en balde,
por no tenerlos aun hechos?
Isab. Si los tendrá, que lo ha dicho.
Bart. O nones, que es lo mas cierto;
pues todos por lo comun
son un hato de embusteros.
Isab. Vaya, marcha, no repliques,
y da la vuelta ligero.
Bart. Y si el amo se levanta,
y ve que estoy de bureo?
Isab. Por eso no hay que afligirse,
que yo sabré componerlo.
Bart. Es que si no me ve aquí,
se pondrá hecho un veneno.
Isab. No importa, no hay que temer.
Bart. Como tiene tan buen genio
para poderse ir á fiestas
con el bueno del abuelo.
Isab. Escapa, no seas pelmazo,
que ya estás perdiendo tiempo.
Bart. Allá voy; pero en verdad
todas conmigo no llevo. (*Vase.*)

ESCENA III.

Doña Isabel y Teodora.

Teod. No ha dormido usted la siesta?
Isab. Es tanto el calor que ha hecho,
que no pudiendo dormir
cogí un librito, y leyendo
la he pasado sin sentir
en ese cuarto de adentro.
Teod. Y el amo se ha levantado?
Isab. Levantarse? no por cierto:
duerme como un descosido,
y ronca que es un portento:
no despierta su merced
aunque se cayera el techo,
y lo mas gracioso es
que luego saldrá diciendo,
como acostumbra, que no
ha podido ni un momento
descansar, y que la bulla,
el calor y los insectos
no le han dejado parar,
y la tomará de nuevo
con nosotras, siendo así
que la culpa no tenemos.
Pero no ves, Teodora,
qué rarezas y que empeños
toma mi padre? *Teod.* Ya pasa
de ridículo á molesto.
Isab. Si no fuera por mi tia,
estuviera en un convento
reclusa hace algunos meses.
Teod. Sin que lo jureis lo creo.
Isab. Vaya, es mucho, es indecible
su maldito humor y genio,
y mucho mas desde que
supo que á mi primo quiero
con todo mi corazon.
Sin saber por qué, eterno
odio le ha manifestado,
tan solo por un siniestro
informe de no sé quién
sin motivo para ello.
Su nombre solo le altera,
y cual furia del averno
se pone si se le mentan,
haciendo dos mil extremos.
Si es conmigo está que salta,
nada en su opinion es bueno
de cuanto hago: me habla
tan circunspecto y tan serio,
y con una gravedad,
que cada vez que le veo,
sin poderlo remediar
de pies á cabeza tiemblo
lo mismo que una azorada.
Teod. Es justo el resentimiento
que teneis de vuestro padre,
no hay mas que aguardar
al tiempo.
Isab. Por otra parte, mi tia
no sé como sufrimiento
tiene ya, y mas tolera

estos prontos tan funestos
de mi padre. Si me hallara,
Teodora, en su pellejo,
hubiera mudado ya
hace meses de bisiesto,
pues por no oirle me iria
doscientas leguas lo menos
de su lado.

Teod. Vuestra tia
tiene bastante talento,
y sabe con su prudencia
ir sobrellevando el genio.

Isab. En vista de lo que pasa
hace dias me he propuesto
callar y no replicarle
á cuanto diga: yo creo
que para vivir en paz
es el mas seguro medio.

Teod. Todas sus ridiculeces
provienen de que ya es viejo,
que como tal es muy raro,
tiene poco sufrimiento,
pues hay grande diferencia
de los mozos á los viejos,
y cada edad por sí pide
lo que es propio de su tiempo.

Isab. No quiere trate con nadie:
aun los honestos recreos
me niega, que á una jóven
son propios. ¡Ay que tormento!
Es un castillo encantado
esta casa; en un colegio
no estuviera mas sujeta
de lo que estoy aqui dentro.
Estoy en mi propia casa,
mejor dijera convento,
sepultada, sin poder
hallar en nadie consuelo,
ni elegir entre mis penas
otro camino mas recto
que el que tengo meditado:
no hay mas que partir por medio.

Teod. Yo lo contrario no puedo
decir, mas con todo es
necesario irse con tiento
en la eleccion de los hombres.
Todos se muestran risueños,
dóciles, cuando pretenden
muy bondadosos, muy buenos,
y en logrando lo que quieren,
y su gusto satisfecho,
suelen ser unos diablillos
sacados de los infiernos.
¡Cuantas habrá en este mundo
que se han llevado un gran perro,
pues juzgándolos melones,
calabazas les salieron!

Isab. Lo que es amarle, yo no;
pero por salir del viejo
haré cuanto sea posible.

Teod. Pues mucho peor es eso:
son esas malas venganzas.

Isab. Pues, amiga, ya he resuelto
darle la mano, y salir
de este insoportable encierro.
Hoy mismo tal vez, sin duda
quedará el contrato hecho.
Mas pasos suenan.... mi padre,
si nos habrá oido?

ESCENA IV.

Dichas y D. Leopoldo de bata y gorro.

Leop. Qué infierno
de murmullo habeis traido,
que enteramente el sueño
me habeis quitado, sin que
haya podido un momento
dormir en toda la siesta?
Jesus, jesus, y qué infierno!
No he visto tal desvergüenza,
ni mayor atrevimiento.
La culpa la tienes tú,
que con tus diablos de enredos
y amores, me traes la casa
revuelta, y al retortero
á todos, sin que tengamos
una hora de sosiego.
Mas yo te juro, Isabel....

Isab. Pero papá, yo qué he hecho?

Leop. Aun me replicas, mala hija?
pues no lo he estado yo oyendo?

Isab. Pero qué es lo que usted ha oido?

Leop. Qué he oido? el desenfreno
con que....

Isab. Yo no he dicho cosa....
Leop. Estás siempre sin respeto
de tu padre, alborotando
la casa con chichisveos
tan agenos del honor
de una niña de talento,
sin hacer de mí mas caso
que se hace de un trasto viejo.
Teod. De usted nada hemos hablado.
Leop. Pudiera llegar á eso,
que la hija y la criada
detras royesen los huesos
de su padre y de su amo:
por cierto que fuera bueno!
¿Donde se ha ido Bartolo,
ese grande majadero?
estará como un cebon
tendido allá en su aposento.
Anda, y llámamele tú,
que le necesito presto.
Teod. Señor, si....
Isab. Ha salido ahora.
Leop. Dónde se ha ido ese necio
á estas horas, si sabia
que tenia que hacer luego?
Le habrás enviado tú
por algun chísme ó enredo.
Eh?

ESCENA V.

Dichos y Bartolo.

Bart. Como lo dije salió:
despues de dos mil rodeos,
me ha dicho que no los tiene
concluidos el tio Pedro.
Leop. Que tio Pedro es ese, niña?
qué embolismos, di, qué cuentos
son los que traeis los tres?
Marcha de casa, perverso,
que no quiero yo criados
que me quiten el sosiego.
Toma el salario del mes,
y huye de mi vista luego.
Bart. Señor, si la señorita....
si esto no es ningun enredo.
Todas estas consecuencias
me las estaba temiendo. (*ap.*)
Sobre que yo soy muy leal,
y siempre muy limpio juego.
Isab. Yo he sido quien le ha enviado
en casa del zapatero.
Leop. Y para qué los zapatos?
quieres ir luego á bureo?
pues no, te has equivocado
esta vez de medio á medio.
Mal te ha salido la cuenta,
que has de estar en casa al remo
de la labor trabajando,
y yo tengo de estar viendo
si coses ó no: insolencia
semejante, desenfreno
mayor no se puede dar
en una niña, ni pienso....
Oh! si viviera tu madre!
allí tomaras egemplo
de aplicacion, cristiandad,
pundonor, recogimiento,
que era muger de su casa,
de muchísimo gobierno:
mucho, si señora, mucho.
Bart. Estais, señor, satisfecho
de que yo no tengo culpa
en eso del zapatero?
Leop. Ya me hago cargo. Jamas,
Bartolo, en lo venidero,
sin mi licencia has de hacer
cosa alguna, aunque san Pedro
te lo mande, ni la niña,
ni su tia, ni el infierno,
que á ninguno de ellos sirves,
á mí solo estas sirviendo.
Cuidado con otra: marcha
en casa de D. Fulgencio,
y entrégale este papel
de mi parte: di que espero
la respuesta; si no está,
aguárdale en su aposento
hasta que venga.
Bart. Muy bien.
Leop. Estás?
Bart. Si señor, ya entiendo. (*vase.*)

ESCENA VI.

Dichos, menos Bartolo.

Leop. Duerme aun tu tia?

Isab. No se.
Leop. Pues dila tú que la espero
aqui.
Teod. Bien.
Leop. Márchese usted
con Teodora al momento,
coja la labor y cosa,
y déjese de embelecos.
Á coser, á coser, jope.
Isab. Dadme, cielos, sufrimiento.(*vas.*)

ESCENA VII.

D. Leopoldo solo.

Leop. ¡Válgame Dios, qué muchacha,
qué muchacha! y para esto
es el afan de criarlos,
y de tanto apetecerlos!
Cuando chicos, mil afanes,
cuando grandes, mil desvelos:
feliz el que no los tiene,
ni sabe lo que es tenerlos.
Pero, señor, si habrá ya
los amores del monuelo
olvidado esta muchacha!
me ha de hacer perder el seso.
Su tia por entendida
no se ha dado, y un silencio
observa en el tal asunto
que mucho en ella sospecho.
Yo entregarle mi caudal
para que tire de recio!
No, no, Leopoldo, no,
muy bien ha estado lo hecho;
estese allá en su Sevilla,
que en el interin veremos
lo que debemos hacer:
si quiere ser caballero,
que lo gane como tú
á costa de brazo y remo.

ESCENA VIII.

Dicho y Doña Cecilia.

Cecil. Qué quieres?
Leop. Qué he de querer?
decirte lo que ahora mesmo
acaba de suceder
con tu sobrina: su genio,
su altanería me tienen
sofocado con extremo.
Yo no sé lo que tú haces
con ella: cada vez veo
mas soberbia, mas locura,
menos temor y respeto.
Oh! si estuviera en mi mano
no apartarme ni un momento
de sn lado!
Cecil. Leopoldo,
y á qué viene ahora eso?
Dime en limpio lo que ha sido,
que es regular segun veo
que sea una patarata,
y con tu maldito genio,
á cualquier defecto que hallas
te pones un luzbel hecho.
Tú la quisieras perfecta
en un todo; y no hay remedio,
que es preciso que tengamos
nuestras faltas, y....
Leop. Eso es,
que tome la niña alas;
pues eso es lo que pretendo
remediar, en eso pende.
Cecil. Cierto que es bueno el egemplo
que tú la das! Ay Leopoldo!
prudencia, juicio y talento
es lo que se necesita
en este arte tan serio
de la tierna educacion,
que todos piensan saberlo,
y el que piensa que mas sabe,
suele ser quien sabe menos.
No creas que cumple bien
con el cargo y ministerio
de padre solo el que riñe,
grita, y maldice indiscreto
á cualquier falta aunque leve
que vea; no, no va en eso
ser buen padre de familias
una reprension á tiempo,
un consejo con cordura,
de cuando en cuando un mal gesto,
cierta seriedad, dictada
de la prudencia, es un freno
para contener los ímpetus

juveniles en sus vuelos:
lo demas es querer hijos
reservados, fraudulentos,
pérfidos y engañadores,
hipócritas y embusteros.
Leop. Concluisteis ya el sermon?
por cierto que ha estado bueno!
Me quieres á mí enseñar
el método con que debo
educar una hija loca
que en castigo me dió el cielo?
No fuera malo dejarla
llevar á cabo sus cuentas,
sin hablarla una palabra,
dando á sus vicios fomento.
El caso que haria la niña
de la seriedad y el gesto.
No hay mas seriedad, Cecilia,
con tales animalejos,
que el látigo y el castigo.
Es refran, y refran cierto,
que el loco mas rematado
con la pena se hace cuerdo.
Cecil. Yo no soy de ese sentir,
Leopoldo, no por cierto;
ni tampoco lo seria
quien tenga de entendimiento
dos dedos, y nada mas,
por mucho que estés diciendo.
Leop. Sí, como sean mugeres,
no pongo yo duda en eso.
Cecil. Pero dime, qué locuras
(ya que me das para ello
pie) son las que tú adviertes
en tu hija? pues yo creo
que cualquiera que te oiga
juzgará que es en extremo
loca la hija que tienes.
Que como muchacha quiera
salir un rato á paseo
si viene un dia de fiesta;
que procure con esmero
asearse y componerse
segun tu esfera y empleo;
Leopoldo, esa es una cosa
que nada tiene de nuevo,
pues á todos nos sucede
por lo regular lo mesmo.
Pues querer que esté encerrada
en casa siempre cosiendo,
sin permitirla salir
un instante, es el medio
mas seguro de perderla,
y exasperarla en extremo.
Leop. Vaya que estás misionera!
mas con todo no penetro
la fuerza de tu mision.
Faltas, sí, todos tenemos;
pero estamos obligados
á enmendarlas al momento,
para no caer despues
en otros vicios horrendos.
La libertad es, Cecilia,
la causa de los funestos
males que en la juventud
estamos culpando y viendo.
Esta tarde ya ha enviado
en casa del zapatero
por los zapatos, y tiene
intencion de salir luego.
Cecil. Y qué estraño es que consienta
si va conmigo, y ya ha hecho
cuanto tenia que hacer?
Leop. Pues no señora, no quiero
que salga, que se esté en casa,
y coja un libro, y leyendo
pase la tarde, que asi
sacará mayor provecho;
y en la leccion hallará
unos bellos documentos
para ser muger de honor,
y buena madre á su tiempo.
Lop. Tus rarezas
mas que nunca ahora comprendo,
y mas y mas me aseguro
de tu ridículo genio.
No me tienes mas que hablar
de tu hija, pues no quiero
oirte disparatar
en un asunto tan serio.
Te lo he dicho ya mil veces,
que contigo nada quiero.
Leop. Qué, resuellas por la herida?
Cecil. No señor, yo no resuello,

ni te hablaré mas del caso:
tu gusto hiciste completo,
pues bendito de Dios vayas.
Leop. El sobrinito es el cuento.

ESCENA IX.

Dichos y el Donado.

Donad. Sea por siempre bendito
el nombre de nuestro dueño
Jesus.
Cecil. Séalo por siempre.
Leop. Válgame Dios, y á que tiempo,
Hermanito, habeis llegado!
En este mismo momento
os necesitaba yo.
Donad. D. Leopoldo, de nuevo
ha ocurrido alguna cosa
en que pueda mi consejo,
mi....
Leop. Diga, parece bien,
es regular que fomento
dé un padre honrado á su hija
en sus locos devaneos?
que no reprenda sus faltas,
ni contenga sus excesos?
pues eso quiere mi hermana,
y este es siempre nuestro pleito.
Donad. No es justo eso, señora;
obrais muy prudente y recto,
la virtud es la que debe
sobresalir en su sexo.
Pues el mundo está perdido,
de abominaciones lleno;
y si Dios por un exceso
de misericordia inmensa,
no nos mira placentero,
vendremos, sin duda alguna,
á caer en el momento.
Vos sois su padre, y por tanto
en el tribunal supremo
de la justicia divina
sereis miserable reo,
si de esa ovejita mansa
no cuidais con gran desvelo:
teneis sobre vos un cargo
que no quisiera tenerlo.
Leop. Qué tal, Cecilia, lo oyes?
Cecil. Ya lo oigo; mas á cuento
no viene cuanto el Hermano
ha relatado tan tétrico.
No está prohibido al hombre
un inocente recreo,
no señor, aunque me cite
mil aforismos y textos.
No señor; diga el Hermano
cuanto quiera.
Leop. Ya lo veo;
tan caprichosa eres tú!
Cecil. Tú tan tenaz y tan terco,
que no conoces las cosas.
Leop. Bien conocidas las tengo.
¡Ojalá no penetrara
tanto como yo penetro.
Cecil. Pues bien: si tanto penetras
te repito que no quiero
que me eches la culpa mas
de unos delitos tan feos,
como son los que imaginas.
Cuida de ella, y á paseo
no la dejes salir nunca:
enciérrala en su aposento,
y cuando hayas de salir,
echa la llave, y con eso
vas seguro de que nadie
te la malee: asi quieto,
y tranquilo vivirás
estando fuera: qué seso!
qué madurez en un hombre
de sesenta y ocho y medio!
Leop. Zurra, zurra con la edad,
con los años ó el infierno.
Cecil. Lo dicho, dicho: ahí tienes
un filósofo completo,
un hombre de todo pulso,
muy místico; sus consejos
ponlos en egecucion,
que no dejan de ser buenos,
verás el fruto que cojes
dentro de breves momentos.
Leop. Qué, te escuecen las verdades?
Cecil. Ya clamarás tú á su tiempo,
cuando ya no....
Leop. Qué, te vas?
Cec. Tengo que hacer allá dentro. (*V.*)

Donad. Oiga usted con reflexion,
no parta tan de ligero:
la experiencia, la experiencia
es la que saca maestros.

ESCENA X.

Don Leopoldo y el Donado.

Leop. Estas mugeres, señor,
caprichosas en extremo,
preciadas de sabidillas,
traerán al retortero,
y sacarán de su quicio
á cualquiera hombre, por cuerdo
que sea. *Donad.* Merece, sí,
compasion su débil sexo,
y solo acudir á Dios,
que es el único remedio,
resta en semejantes casos.
Yo en mis cortas oraciones,
aunque pecador perverso,
todos los dias de veras
al Señor las encomiendo.
Leop. Deseara que á Isabel
la diera usted un consejo,
y como que no hace nada
viera si aquellos primeros
amores del sobrinito....
Dona. Ya, ya estoy, ya os comprendo.
Leop. Y cuatro cosas al alma
dígala usted, por si efecto
hacen en su corazon.
Donad. Sí señor, tendrán efecto.
Varias veces que he venido,
que vos estabais adentro,
la he hablado sobre el caso,
y no me ha puesto mal gesto.
Es dócil, no le disgustan
de los Santos los egemplos,
y se halla en la edad propia
para grabar en su seno
las máximas de moral
tan sana que yo la enseño:
lo que habeis de cuidar mucho
es que haya recogimiento.
No haya entrantes ni salientes
que disipen su perfecto
espíritu, y distraigan
su interior paz y sosiego.
En eso está: de ahí depende
su felicidad: yo creo
que muchas niñas se pierden
por sus padres poco cuerdos,
que las permiten visitas,
conversaciones y juegos,
y cuando menos se piensan
se hallan ya sin el remedio.
El siglo está corrompido,
de abominaciones lleno,
y los padres de familias
tienen mucha culpa en esto.
Ay Dios! ay Dios! y que siglo,
y que siglo tan perverso!
Leop. Y que cuenta tan estrecha
todos los padres daremos!
Donad. Usted, cierto, se ha portado
con mucho juicio y talento
en haber hecho salir
de su casa á ese trastuelo
de sobrino cuanto antes,
pues era muy mal egemplo
para la chica, y yo sé....
vaya, no convenia....
Leop. Eso
siempre me ocurria á mí,
aunque ignoraba sus juegos,
travesuras, libertades
de que vos me disteis presto
aviso: siempre juzgué
que él era un poco ligero
de cabeza.
Donad. Yo tan solo,
Don Leopoldo, lo he hecho
en caridad, y mirando
de vuestra hija el provecho.
No me ha llevado otra cosa.
Leop. Sí, Hermanito, bien lo creo:
sobre que no hay en el dia
otra cosa que trastuelos,
casquivanos, botarates,
sin un adarme de seso.
Es muy dificil hallar
un mozo de fundamento.
Donad. Es mucha la libertad
y el descoco de estos tiempos.

ESCENA XI.

Dichos y Bartolo.

Bart. El bueno de Don Fulgencio
solo me dió por respuesta,
despues de estar como un poste
aguardándole hora y media,
de que esta noche sin falta
allá en su casa os espera,
con que así....
Leop. Buenos estamos!
mira que salida esta!
Bart. Señor, pues eso me dijo.
Leop. Te digo yo que no sea?
solo digo, y digo bien,
que es para mí muy molesta
esta hora....
Donad. Bien podeis
ir á esa diligencia,
que entre tanto con maña
indagaré sus ideas.
Le haré cuatro reflexiones
sobre el mundo y sus perversas
máximas, y el mal pago
que da á los que á rienda suelta
le siguen, dejando el paso
de la salvacion eterna;
y la tengo convencida
cuando usted á casa vuelva.
Bart. Que trucha que es el Hermano!
Ay, y qué paliza tan buena! (*Ap.*)
Leop. A qué hora dijo estaria?
Bart. No me señaló hora cierta.
Leop. Pues voy allá por si acaso
aun le encuentro, y paciencia
tendrá si no, que esta noche
no pienso estar mucho fuera.
Dile á Isabel que te dé,
y ha de ser con gran presteza,
el peluquin, el sombrero,
y la casaca de seda,
el baston: dila tambien
que se salga á esta pieza,
y acompañe al Hermanito,
que voy á una diligencia.
Bart. Muy bien: y lo traigo yo?
Leop. Mire usted con que pamema
nos salta!
Bart. Es que no quisiera
impedir....
Leop. A quién, babieca?
Bart. Yo me entiendo y Dios me entiende. (*Vase.*)
Leop. Mire usted que entendederas
tendrá el bruto: márchese,
y no me ande con mas réplicas.

ESCENA XII.

Don Leopoldo y el Donado.

Leop. Hermanito, usted podrá,
valiéndose de su ciencia,
ver lo que tiene metido
en aquella calavera,
que para mi la muchacha
en alguna cosa piensa,
pues la tienen los amores
trastornada la cabeza.
Donad. Puede ser; no será extraño,
si hay otro que la pervierta.
Leop. Otro? no por cierto, no,
porque aquí ninguno entra.
¡Estábamos aviados
si ahora saltara con esas!
Donad. Esto es decir solamente.
Jesus! Jesus! no quisiera
ofender con mis palabras
la virtud y la inocencia
de vuesrra hija.
Leop. Ya estoy.
Donad. Vos no ignorais cuan funestas
consecuencias se originan
del continuo trato y mezcla
de jóvenes de ambos sexos
en mundanas consecuencias.
Leop. Por eso no quiero yo,
y son siempre las quimeras
con mi hermana.
Donad. Muy bien hecho:
fuerte, señor, fuerte en ellas.

ESCENA XIII.

Isabel con la casaca y baston, y Bartolo con zapatos, sombrero y peluca.

Isab. Aqui teneis la casaca.

Leop. Dónde estan las charreteras?
Bart. Aqui.
Leop. Isabel, nada dices
al Hermanito?
Donad. No encuentra
razones la Isabelita
para mí.
Isab. Es que me aterra
con sus dichos y expresiones:
cuando me habla en su lengua,
el corazon se me encoge,
y toda me pongo trémula.
Leop. De cuando acá tan medrosa
la niña? no es mala idea.
Bart. No hace mucho,
desde que....
Leop. Calle el salvage, y no meta
su cucharada en donde
no le importa ni interesa.
No hablándote á ti de modas
y de necias bagatelas,
te incomodas, y no sabes
que es la verdadera senda
la que el Hermano Toribio,
Isabelita, te muestra,
pues está desengañado
del mundo y sus apariencias.
Es un sabio, y como tal
todo su brillo desprecia,
pues conoce que aqui solo,
en esta infelice tierra
es todo cuanto estimamos
todo basura y miseria.
Bart. En eso teneis razon.
Leop. Dale con querer por fuerza
meter su cuartito á espadas
en todo, venga ó no venga
á cuento. Tal flujo! tal flujo!
Señor, por fuerza....
Bart. Digo que teneis razon.
No dijera mas Seneca;
y yo estoy enamorado
de su virtud y sus prendas.
Leop. Lo bueno á todos nos gusta,
pero mucho mejor fuera
que lo imitásemos todos.
Donad. Con eso usted me avergüenza.
Bart. Qué místico está el Hermano!
para el diablo que le crea. (*Apart.*)
Leop. Isabelita, me marcho:
ahí el Hermano se queda;
óyele con atencion,
y sus consejos acepta,
y verás como algun dia
de admitirlos no te pesa.
Bart. Puede ser que sus consejos
te hagan á ti morder cuerda. (*Apart.*)
Voy yo tambien con usted?
Leop. No señor, vete á tu pieza. (*Vase.*)
Bart. Eso es lo que yo quería.
Voy á hacer la centinela,
y escucharé como el pájaro
al abuelo se la enreda. (*Ap. y Vase.*)

ESCENA XIV.

El Hermano y Doña Isabel.

Donad. Se ha marchado el abuelo.
Jesus, Isabel, qué pelma!
Empeñado está en que yo
te he de ahogar aunque no quieras
la vocacion de casada,
y te he de inspirar por fuerza
la de monja, porque él quiere,
haciéndote que prefieras
el sayal y la alpargata,
el recogimiento y celda
al delicioso consorcio,
al dulce lazo que amenas
hace las horas del dia
disminuyendo las penas.
Isab. Mire usted que tirria tiene
á Don Juan, que ni aun siquiera
gusta de que se le menten.
Donad. Es cierto: como una fiera
se pone.
Isab. Pues yo le adoro
con toda el alma y potencias.
Donad. Haces mal; es tontería:
te lo he dicho: si pudieras
lograr tu intento ¡eh! pase;
pero si todas las puertas
tu padre te cerró ya,
ni aun tan sola una pequeña
esperanza de lograrle

tienes, es una simpleza
el que por él te desveles,
te consumas, y el que pierdas
el tiempo que estás perdiendo
en amarle, no seas necia.
Isab. Ay que no puedo olvidarle!
Donad. Tendrias que pasar las penas
del purgatorio, y lo mas
que, Isabel, estás expuesta
á que tu padre..... yo sé
como en este asunto piensa;
cierto, sentiria mucho
que en egecucion pusiera
su intento, yo le conozco:
vaya, que estás muy expuesta.
Bart. No ha echado mal el anzuelo:
de esta ocasion saca pesca. (*Escondido desde su cuarto y ap. siempre.*)
Isab. Muy costoso es olvidarle.
Donad. Cuanto mejor es la empresa,
tanto mas laudable es
el salir triunfante de ella:
ademas, qué sentimiento,
Isabelita, tuviera
si tu padre con su genio....
Jesus! Jesus! capaz era
de matarte.
Isab. Y diga usted,
no es una grande rareza
de las muchas de mi padre?
Donad. Sí, lo es; pero si piensa
así, qué le has de hacer tú?
Deja, Isabelita, deja
esas ideas, y ponte
en salvo con gran presteza.
Isab. Bien quisiera pero no puedo.
Donad. Como que no? friolera!
Burlarle, que le está bien
empleado. No te deja
que te salgas con la tuya,
pues tú tampoco consientas
que se salga con la suya,
verás como se condena.
Isab. Y cómo?
Donad. Casándonos
con precaucion y cautela,
como ya te tengo dicho.
Pues si tú á Don Juan esperas,
vivirás martir de amor,
y te morirás soltera,
sin remedio, sin remedio.
Isab. Hermano, mucho me aterra
el veros en ese trage.
Donad. Qué trage? luego va fuera,
pues ninguna obligacion
tengo de traerle á cuestas.
Con Don Juan te es imposible,
con otro es una quimera
el imaginarlo solo;
y vamos, que no es tan fea
ni despreciable esta cara;
no tengo mala presencia,
gracias á Dios, luego que
este trage vaya fuera,
y calce mis pantalones,
mi gran frac y buenas medias,
mi buen zapato y hebillas,
y el sombrero á la inglesa,
seré mas de lo que soy.
Ademas, que sus setenta
mil realitos tengo en casa
prevenidos para esta
ocasion, que en muchos años
no hallarás otra tan buena.
Vamos á ser muy felices,
tú tambien tienes hacienda
y dinero, que sabiendo
manejarlo bien, nos diera
para triunfar y gastar
sin escrúpulo ni penas.
Te podias tú reir
aunque fuera de la reina.
Bart. O dinero lo que puedes,
que la paz es tu elocuencia!
Isab. Mas con todo yo....
Donad. Que yo?
pudiéramos dar en esas?
tasadamente eso mismo,
esa boquita de perlas,
esa gracia y cuerpecito
valen una india entera.
Bart. Cáspita! y el Hermanito
que lindamente requiebra!
ha dado con la virtud

en esta ocasion en tierra.
Isab. No sea usted asi.
Donad. Tontona,
todo un mundo por ti diera
si fuera posible, mira.
Isab. Dice usted eso de veras?
Bart. Ay! ay! ay! ya me la ha puesto
mas madura que una breba.
Donad. Tan de veras que tú misma
lo has de ver por la experiencia.
Isab. Y si mi padre despues....
Donad. Que padre ni verengena,
en esas podias dar:
si tú me quieres de veras,
yo que te quiero tambien
con toda el alma y potencias,
nos casamos, y aleluya;
santas pascuas, y paciencia;
lo sabe hoy ó mañana;
empieza entonces la fiesta;
se enfurece, rabia y grita;
se repela y patalea;
callamos, sin hacer caso
hasta que hallamos la nuestra;
y si no se da á razones,
que se le lleve pateta.
Bart. Qué consejo tan maldito!
este Hermano es una fiera.
Isab. Vaya que usted es el diablo.
Donad. Pues es verdad manifiesta.
Isab. Bien conozco.... si señor.... pero...
Donad. Que pero.... vamos.
Isab. Dirán....
Donad. Qué dirán, qué?
Isab. Las gentes cuando lo sepan
mil cosas, y ya ve usted
que yo no....
Donad. Eh! bagatela:
hablen cuanto les ocurra,
digan todo cuanto quieran:
el remedio está en la mano.
Isab. Cómo?
Donad. Cómo? Claro, orejas
de mercador, no hacer caso:
con el tiempo todo cesa:
sobre todo qué dirán?
que Isabelita de veras
quiso al Hermano Toribio,
y le ha hecho total entrega
de su fino corazon.
Isab. Sí señor, pero no es esa....
Donad. De ahí no puede pasar.
Bart. Aprieta, Hermanito, aprieta.
Isab. No conoce usted á mi padre.
Jesus María! una fiera
se pondrá hecho, al instante
que su mercé lo trascienda;
un basilisco y él será uno.
Donad. Y que sea:
que cuidado á tí ni á mi
despues de la boda hecha?
Me habia yo de privar
por una sola simpleza
de esa beldad peregrina,
de esa boca tan risueña....
Vamos, que dices, gitana? (*Va á cogerle las manos.*)
no me tengas mas en pena.
Isab. Quedo, Hermano, con las manos
y ande tan sola la lengua.
Bart. No es escrupuloso el niño,
que cañonazo de á treinta:
yo voy corriendo á avisar, (*Va á salir y se detiene.*)
esta es ya mucha insolencia.
Donad. No lo estrañes que quien ama
no repara en frioleras.
Que ganas tengo de verte
con cuatro criaturuelas
que igualen en hermosura
á su madre y en viveza:
me da un placer, si, si, si,
en considerar.... si vieras....
Isab. Temo tanto....
Donad. Qué temer!
por salir de ese perrera
de tu padre, y no aguantar
sus chocheces y sus temas,
debias tú practicar
cuanto imaginable fuera.
Bart. No es mal sufragio el que le hace:
qué ingratitud tan horrenda!
Yo quisiera, mas no puedo,
tomar á los dos las vueltas.

Isab. Dificultoso es el caso.
Donad. No hay dificultad; diversas
veces te he dicho ya el medio
de salir de este perrera.
Nada tienes que temer;
déjalo pues por mi cuenta,
que trabajo mando al viejo
como quiera deshacerla.
Isab. Qué medio? á ver.
Donad. Trasladando
de tu propio puño y letra
un papelito, que en casa
he puesto mientras la siesta.
Isab. Y dónde le tiene usted?
Donad. No está aqui que estará en esta:
(*Registra las mangas.*)
vete corriendo á copiarlo
encima de aquella mesa.
Bart. Que bien ha puesto el asedio!
Ya rindió la fortaleza.
Bartolo, hallaste la tuya,
ve á dar al ama cuenta. (*Vase.*)
Donad. Pues no hay mas que hacer.
Esto quiere ligereza,
y no andarse en dilaciones
pensando semana y media.
Ya podíamos estar
en una union placentera
hace lo menos tres meses.
si no hubieras sido terca,
y te hubieras escusado
con tu padre mil quimeras.
Lo digo como lo siento,
yo no sé como paciencia
has tenido, y le has sufrido
tan grandes impertinencias.
Encerrada con un viejo
lleno de achaques y flemas,
sin oir otra cancion
que descargas y rabietas,
de un humor tétrico y malo,
en vísperas de ser huérfana,
yo no lo hubiera aguantado;
te confieso, que paciencia
tan grande en mí no se halla
para tanta resistencia.
Concluiste ya el papel?
Isab. Perfectamente: usted lea.
Donad. lee. „Yo Doña Isabel Cepeda,
„hija de Don Leopoldo Cepeda, y
„Doña Isabel Contreras (que santa
„gloria haya) me obligo por este, que
„abajo firmo, á contraer matrimonio
„con el Hermano Toribio, soltero y
„sin obligacion alguna; y en caso
„que mi padre intente dar por nulo
„este contrato, me constituyo parte,
„y deseo se efectúe este consorcio
„cuanto antes: y para que conste lo
„firmo en Madrid á 2 de Agosto de
„1808. = Isabel Cepeda."
Muy bien: yo lo firmaré:
mañana en cuanto amanezca
comenzaré á practicar
las debidas diligencias
para que cuanto mas antes
se efectúen las ideas
de ambos; y tú verás....
Es muy corta y muy perfecta: (*Ve á*
es una oracion devota, (*Doña Cecilia.*
que á la ínclita Santa Teresa
compuso un devoto suyo,
un religioso de veras
virtuoso, y muy amante
del silencio y la obediencia,
y á la hora de la muerte
la dijo veces diversas.
Con que así procura tú
en tu corazon tenerla,
y rezarla cada dia
lo menos una docena
de veces, y ganarás
muchas, muchas indulgencias;
y verás como en tu muerte
el dragon, la infernal fiera
huye de tu corazon,
y libre é intacto le deja.

ESCENA XV.

Dichos y Doña Cecilia.

Cecil. Qué es eso del infernal?
Donad. Es una oracion que á esta
niña la estoy enseñando,
para que intacta é ilesa

conserve en su corazon
la pureza que aun conserva.
Cecil. Déjese usted de oraciones,
que la virtud verdadera
solo se halla en quien la tiene
y menos la vocifera.
Lo que esta necesita
es ser un poco mas cuerda,
y eso la edad lo compone
y del mundo la experiencia.
Donad. Los árboles tiernecitos
mucho mejor se enderezan,
que si se aguarda despues
á que tengan corpulencia.
Y la virtud, la virtud.
Cecil. La virtud no es embustera,
y desde luego se ve
que si alguno la aparenta,
en hacerse virtuoso
halla ganancia muy cierta.
Donad. No hay mas ganancia, señora,
que la salvacion eterna
de las almas; á eso aspiro.
Cecil. Eso para quien lo crea.
Donad. Esta visto: para usted
no son cosas tan perfectas
ni sublimes, y es perdido
el tiempo que aqui se emplea.
Quédense ustedes con Dios,
que él es solo el que fondea
los corazones humanos. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

Cecilia é Isabel.

Cecil. Que pronto tomó soleta
el perillan! ya lo ves,
no son cosas tan perfectas
ni sublimes para mí
que le entiendo la monserga.
La virtud tiene otro aspecto;
mas no es para mí esa cuenta,
á quien le toca que cele
y que tenga el ojo alerta.
Isab. Tia, que diga usted eso,
y no conozca la recta
intencion del Hermanito!
Cecil. Isabel, no es mala pieza;
parece que sus consejos
ya te van haciendo mella.
No penetras su intencion;
andas, Isabel, muy lerda.
Que pronto te ha hecho olvidar
lo que tanto á ti te cuesta.
Isab. Yo conozco la verdad.
Cecil. Pues la verdad pura y cierta
es que es un adulador
de tu padre, sanguijuela
de tus bienes, y aun con ellos
alzarse sagaz intenta,
y que sé yo.... so color
de limosnas se pasea,
triunfa, come y gasta mas
que un título ó excelencia,
y luego aparenta ayuno,
moderacion, penitencia,
recogimiento.... no quiero
porque se me vá la lengua:
tengo del tal Hermanito
noticias largas y frescas:
que no le oyeras tú tanto
un poquito mas valiera.
Isab. Mi padre en ese concepto
no le tiene.
Cecil. No le tenga;
pronto le haré yo saber
la buena halaja que hospeda.
Caramba con el Hermano
que alpargatilla tan buena!
Isab. Si habrá oido... si sabrá.. (*Aparte.*)
Yo de temor estoy muerta.

ESCENA XVII Y ULTIMA.

Dichas y Don Leopoldo.

Leop. Válgame Dios! que machaca
es Don Fulgencio: si empieza
de sus pleitos y sus drogas
á contar las consecuencias
apurará sin remedio
á cualquiera la paciencia.
Y el Hermanito se fue?
Isab. Si señor, aun no hace
media hora.
Leop. Y qué te parece?
no es mucho el fondo que encierra

de virtud, de probidad,
de talento y de prudencia?
Isab. Me ha parecido muy bien.
Leop. Es un amigo de veras:
nos estima á todos mucho,
sí, muchísimo.
Cecil. No es mala pécora
el bueno del Hermanito:
un poquito mas valiera
no le dieses tanta entrada,
que te tendria mas cuenta.
Yo te diré en otro tiempo....
Leop. Qué has de decir, mala lengua,
de un Hermanito que solo
á su salvacion eterna
aspira, dejando el mundo
por un sayal y una gerga?
qué hasta la misma virtud
es culpable en boca vuestra,
Dios me libre de vosotras,
y de vuestra infame lengua.
Estoy muy bien informado
de su conducta y conciencia.
Yo me diera por dichoso
si ambas á dos aprendierais
en él á ser virtuosas,
y á ser cristianas de veras.
Cecil. Mira que no es todo oro
lo que reluce, no creas
en aparentes virtudes.
Leop. Calla, no seas blasfema:
esa es trama de la niña
que quiere urdir con la idea
de desterrarle de casa
para lograr lo que intenta;
y no ha de ser, que el Hermano
es quien á mí me consuela;
y desde aqui en adelante
ha de correr por su cuenta
cuanto en casa se disponga:
con que asi murmura, esfuerza
el partido contra él,
que es en vano tu elocuencia. (*Vas.*)
Cecil. Por mí dale ya las llaves
de la casa, pero cuenta
que es muy truan y taimado,
y que detras te la pega.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Bartolo limpiando, y sale Teodora.

Teod. Mas acabado ya, Bartolo,
de limpiar bien esas sillas?
Bart. Todo está puesto á la vela.
Teod. Pues en tu poltronería
es mucho. *Bar.* Concedo. *Te.* Y cómo
mas que ningun otro dia
has madrugado? *Bart.* Porque
en una larga vigilia
la noche se fue de gallo
sin poder dormir de risa.
Y no me pesa el haber
madrugado, amiga mia.
Teod. Pues por qué?
Bart. Ay es nada!
No sabes la que está urdida
entre el ama y el Hermano?
Teod. Qué ama? *Bart.* La señorita.
Teod. No por cierto: solo ayer
me insinuó una cosilla
que no la doy mucho crédito
por mas que ella me lo diga:
entró su padre, y no pudo
decirme lo que quería.
Bart. Con que nada sabes? *Teod.* No.
Bart. Nada te ha dicho la tia?
Teod Hombre, no: solo he notado
gran seriedad. *Bart.* Pues la niña
tiene la culpa de todo.
Teod. Qué ha de tener! Pobrecita,
está pasando.... *Bart.* Pasando!
escucha, y no me desdigas,
que cuanto digo es verdad,
y creelo á pie juntillas.
Al diablo del Hermanico
espuelas de amor le pican,
y ayer cuando se fue el amo,
que le encargó la pesquisa
de su modo de pensar....
Teod. De quién? *Bart.* De la señorita:
en amorosos coloquios

el bribon se derritia:
la requiebró, la amansó,
bien que no se mostró esquiva.
Teod. Calla, calla; esas tenemos?
Bart. Esas tenemos: la chica
que pronto dejó olvidar
á su Don Juan, y decia:
ay mi Don Juan! mucho, mucho
me cuestas! todo mentira:
para el puto que se fie
en amores de las niñas.
Zape, zape, tentacion,
anda fuera. *Teod.* Es tontería,
sobre que es imposible
que se efectue. *Bart.* Efectiva es
la boda del Hermano
con tu ama y con la mia.
La ha sacado ya un papel
escrito por ella misma
libre y voluntariamente,
por el cual ella se obliga
á casar con el Hermano
á pesar de cuanto digan.
Qué tal, Teodora, eh?
con lo que sale la niña?
Teod. Pues abonado es el padre;
no habrá mala chamusquina.
Pero dí, cómo lo sabes?
Bart. Te lo diré: entre cortinas
en mi propio cuarto he estado
acechando lo que hacian,
conteniendo á un mismo tiempo
la cólera entre la risa;
y viendo que en mal estado
el asunto se ponia,
me fui corriendo á avisar
de todo á Doña Cecilia;
pero mira que maldito,
cuando la atisbó escondida,
guardó el papel, y empezó
á decir que la traia
una oracion muy devota
de una santa: qué malicia!
Pero no está ahí lo mejor:
sale pues Doña Cecilia,
y al Hermanito le dice
cuatro cosas bien dichas,
tanto que le obligó al punto
á desocupar la silla;
y al tiempo de retirarse,
sin duda como se iba
acelerado y medroso
sin saber lo que se hacia,
á la puerta en la escalera
(tal prisa el pobre tenia)
dejó caer el papel
que le hizo hacer á la chica,
y al ir ahora á barrer
le he encontrado: qué alegría!
y sin remedio á mi amo
se lo entrego; mas que diga
cuanto quiera y la regañe,
y la rompa una costilla:
bien merecido lo tiene,
bribonaza, mala hija:
no, pues al buen Hermanito
mejor par de banderillas....
Teod A ver, á ver el papel.
Bart. Eso no, amiga mia.
Suena una campanilla.
Teod. Trae que llaman, traele, traele.
Bart. No por cierto, vete á prisa.

ESCENA II.

Bartolo solo.

Bart. Zambomba con el Hermano:
en cuanto el amo se vista
se lo doy: habrá usted visto
semejante picardía?
pues como:::- quién anda ahí?

ESCENA III.

Dicho y el Hermano.

Donad. Un pecador: Jesus viva:
se han levantado los amos?
Bart. Escusada preguntilla:
no ve, Hermano, que no hay nadie.
Donad. Eso no importa: podian
estar adentro ocupados.
Mira á todas partes.
Bart. Pues no estan: qué es lo que mira?
Donad. Qué he de mirar: has entrado
el primero aqui, maulilla?
Bart. El primero ó el segundo:
cierto que es buena salida:

qué se le ofrece? qué quiere?
se le ha roto alguna tripa?
Donad. Una pesadumbre tengo,
y... yo... cierto... discurria...
si... que anoche cuando yo....
no hay mas... pues... cierto.
Bart. Delira,
sueña ó qué dice? *Donad.* Un papel
de mucho precio, y diria....
Bart. Ha sido algun vale real?
Donad. Para mí es de mas estima.
Bart. Quién se lo hubiera encontrado!
Oh si tuviera tal dicha,
cómo habia de triunfar
á costa de la cestilla!
Donad. Vaya todo por los clavos
de Jesus! ay pobrecita!
casualmente era un dote
para una capuchinita,
que me ha costado el sacarle
muchas pisadas y dias:
tres onzas daré á cualquiera
que le tenga y me lo diga.
Bart. Y cuándo se le cayó?
Donad. Anoche por mi desdicha.
Bart. Tres onzas es el hallazgo?
tres onzas he? bien daria
el Hermano Toribio
algo mas. *Donad.* Solo me obliga
el grande amor que profeso
á aquella inocente niña
por su angelical virtud;
y la pobre desvalida
se quedará sin el dote
por una indolencia mia,
y sin entrar religiosa,
que es lo único á que aspira.
Bart. Vaya, si me da seis onzas,
no quedará la mongita
sin lograr la vocacion,
que no dudo es perfectísima.
Donad. Te le has encontrado tú?
Bart. Os daré las señas mismas:
firmado está de ayer tarde,
y por él ella se obliga
y somete voluntaria
á un tal Hermano, aunque riña
y el diablo lleve á su padre,
y.... *Donad.* Calla por Dios; no digas
mas; habla quedito ahora.
Bart. No quiero: fuerte manía:
quereis taparme la boca
porque la verdad no diga?
A mi amo en cuanto salga
se le entrego, y.... *Don.* Calla: mira,
por Dios te pido que calles.
Bart. Qué he de mirar? la perfidia
de un pícaro socarron,
impostor, que con fingidas
y aparentes sumisiones,
quiere robarle su hija
á un sencillo y pobre viejo,
valiéndose de mentiras.
No ha de ser, mientras Bartolo
beba, coma, calce y vista. (*El Hermano saca un bolsillo, y Bartolo se detendrá al verlo.*)
Donad. Este bolsillo te doy,
y por Dios que no lo digas
á nadie: tambien te ofrezco
colocarte, y que consigas
un descanso suficiente,
donde tengas la comida
segura, con un buen sueldo
para mientras que tú vivas.
Ademas, entrada franca
has de tener y salida
en mi casa, y comerás
á mi mesa cualquier dia
que quieras: haré, Bartolo,
por tí cuanto se imagina.
Bart. Mucho prometer es eso:
hay mas, Hermanito, diga?
Donad. Tambien te prometo hacer
de seda muy esquisita
un vestido, para que
le estrenes el mismo dia
en que hemos de celebrar
la union tan apetecida.
Bart. Qué macareno estaré
de militar! ay qué risa!
Y diga, Hermano, de paso,
de dónde sin tener fincas
le viene tanto dinero?

tiene algun pariente en Indias?
Donad. La industria me proporciona
todo cuanto necesita
un hombre para vivir.
Bart. No ve que es hipocresía
negociar con la virtud
para darse buena vida?
Donad. Vamos, dame ese papel.
Bart. Es empresa muy subida.
Donad. Toma ese bolsillo lleno
de escuditos hasta arriba,
y no descubras á nadie
el secreto ni la intriga. (*Bartolo se detiene, toma el bolsillo, alarga el papel, y mudando el tono, dice:*)
Bart. Lo que es por seguridad,
soy la seguridad misma:
ya no saldrá de mi pecho
aunque perdiera la vida.
Donad. Con que puedo ya ir seguro
de que á nadie se lo digas?
Bart. A nadie.
Donad. Ni á Don Leopoldo?
Bart. Ni á la tia, ni á la chica.
Donad. Pues bien: á Dios, hasta luego.
Bart. Dios te dé tiento, y te asista.

ESCENA IV.

Bartolo solo.

Bart. No he sacado mala raja
con la boda de la niña:
de no tener á tener
un bolsillito de oncitas
hay una gran diferencia:
arda Troya: haya bolina,
y en caso de que se enrede
el asunto, tomo pipa,
y que me busque en Liorna,
ó en las islas Filipinas.

ESCENA V.

Dicho y Doña Cecilia.

Cecil. No hay remedio: tú, Bartolo,
en esta mañana misma
podrás contar á tu amo
lo que pasa con su hija:
los amores del Hermano,
las entradas y salidas
que furtivamente hace,
cuando vuelve las esquinas,
en fin, cuanto ayer oiste,
y me contaste decian.
Bart. Pero qué es lo que usted dice?
Cecil. Que es preciso se lo digas.
Bart. Yo? *Cecil.* Sí, tú.
Bart. A quién decirlo? *Cecil.* A tu amo.
Bart. Yo en camisa
de once varas no me meto:
es cosa delicadísima:
quereis qué necio me exponga
á un bufido, y que me diga
que á mi nada me importa
que entre ó salga, ó que á la chica
enamore ó no enamore?
Señora Doña Cecilia,
por qué no dá usted esa nueva
á su hermano? *Cecil.* No tendria
inconveniente en decirlo,
á no estar bien persuadida
que con él pierdo yo el tiempo,
y malgasto la saliva,
y al cabo en nada quedamos,
y todo se vuelve riñas,
alboroto y bufidos.
El mejor medio seria
el que tú solo le hablases
como testigo de vista,
y enteramente dejabas
su terquedad convencida.
Bart. Déjese usted de testigos,
que lo que vale en el dia
es la ficcion y el engaño:
cada cual á la que pilla
estamos en el dia de hoy,
y arguye gran tontería
dejar pasar la ocasion
que calva dicen la pintan,
y si una vez escapar
se la deja por desidia,
rara vez vuelve á la mano
en el resto de la vida.
Cecil. Bartolo, estás en tu juicio?
qué es lo que dices, deliras?
Bart. En mi cabal juicio estoy,
y es la verdad pura y limpia
cuanto digo y lo que pasa:

ojalá fuera mentira.
El Hermano ha andado listo
en lo que le convenia,
y la ha jugado de diestro
echando la zancadilla:
ademas, yo soy honrado
como el que mas, y no haría,
aunque me dieran en premio
todo el oro de las Indias,
con ningun prógimo mio
semejante felonía.
No, guarda Pablo, no, no,
tiene esto malas salidas.
Cepos quedos, y callemos.
Cecil. Pues, canalla, tú no decias
eso ayer: no fuiste tú
el que me dió la noticia
de todo lo que trataron
el Hermano y mi sobrina?
No estabas hecho un demonio
contra él? qué repentina
mudanza es esta? dí, tuno?
Bart. Será como usted se explica;
mas ya estoy de otro talante,
pues tengo la cosa vista,
y... *Cecil.* No hay talante que valga,
que en esta mañana misma
has de decir á tu amo
las expresiones tan finas
de que se valió el Hermano,
para que la Isabelita
le otorgase la escritura,
que era lo que pretendia.
Y para que se convenza
de que es verdad y no intriga,
pon el papel en sus manos
que le hizo hacer á la chica.
Bart. El papel? qué papel? yo....
Cecil. Si señor: necio, imaginas
qué no sé que te le hallaste?
Bart. Esto sucede al que fia (*Ap.*)
un secreto á una muger.
De esta no escapo: me pilla.
Pues, señora, no le tengo.
Cecil. Esa es una gran mentira.
A quién se lo has dado tú?
Bart. No hay escape, esta me pilla: (*Ap.*)
yo no sé.... en la faltriquera
no hace mucho le tenia, (*Echa mano á las faltriqueras.*)
pero no le tengo ya.
Yo no sé: aqui.... *Cecil.* Pues mira,
el papel lo has de buscar,
no hay remedio.
Bart. Entre las sillas
del cuarto se habrá caido.
Cecil. No andemos en tonterías,
que él ha de parecer;
y luego en cuanto se vista
Leopoldo, has de decir
cuanto sabes. *Bart.* Y que riña
conmigo, y de bruto y bestia
me ponga de abajo arriba,
que no haya por donde cogerme?
Yo.... señora.... pero.... lo diria....
Cecil. No hay pero que valga,
que al pie de la letra misma
has de decir cuanto yo
te mando, y luego que riña,
grite, y diga cuanto quiera.

ESCENA VI.

Dichos y Leopoldo.

Leop. Qué me ha de decir, Cecilia?
Cecil. Todo cuanto pasa en casa
con el Hermano y tu hija.
Leop. Calla, mala lengua, calla:
si ahora le has dicho tú misma
cuanto tu rencor y odio
á la boca suministran;
piensas que no sé yo todo
el veneno que en ti abrigas
desde que eché á tu sobrino?
Sí, lo sé todo, y fallidas
han de salir tus tramoyas:
con que así desde hoy maquina
mas y mas, que dan en vago
esas astucias é intrigas.
Cecil. Pero atiende, oye, escucha....
Leop. Pobre Hermano! esa es la fina
correspondencia que debes
á la sobrina y la tia.
Cecil. Por Dios, atiende á razones,
y por ti mismo examina

la verdad. *Leop.* De mi presencia
huye pronto, que me irritas.
Cecil. Pero que no des oidos
á unas cosas que son dignas
de la mayor atencion,
y que piden una activa
diligencia, fomentando
de un tuno las picardías?
Leop. Quítate de ahí, no te escucho.
Cecil. Ahí está Bartolo, diga
lo que sabe sobre el caso,
verás si es ó no perfidia
de nosotros, ó el Hermano.
Bart. Señor... *Leop.* Calla, no prosigas:
yo me marcho. (*Vase.*)
Cecil. Atiende, oye.

ESCENA VII.

Dichos, menos Leopoldo.

Bart. Está visto: es tontería
quererle desengañar;
le tiene muy bien cogidas
las narices á mi amo;
dejémosle en su manía,
y que el Hermanito triunfe,
y se lleve á Isabelita.
Cecil. No por cierto: si indiscreto
no repara la ruina
de su hija, yo tambien
tengo la obligacion misma,
y no puedo prescindir
de que ella al cabo es sobrina,
y haré de modo que él mismo
se desengañe. *Bart.* Durilla
me parece á mí la empresa.
Cecil. Lo que ahora se necesita
es que parezca el papel,
y de su tema desista:
con que marcha, ve á buscarlo.
Bart. Pero corre tanta prisa?
Cecil. Sí, marcha. *Bart.* Pues voy allá.
Echale un galgo, Cecilia. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

Don Leopoldo, Doña Isabel y Doña Cecilia.

Leop. Ven acá, picaronaza,
qué diabólico embolismo
has levantado al Hermano,
que tu tia un basilisco
está contra él, sin que haya
quien la saque del capricho
que le has hecho concebir?
con que asi pronto á decirlo,
quiero saber de tu boca
todo cuanto tú has urdido;
y cuidado, no hay que andarme
con enredos y embolismos:
la verdad quiero saber
sin ocultar lo mas mínimo,
y sino á una reclusion
desde aquí mismo te envio.
Isab. Pero, papá, no sé nada,
ni contra el Hermano he dicho
cosa alguna. *Cecil.* Ese es el caso,
el que no quiera decirlo.
Leop. Mira, niña, que sino....
Isab. Si yo le quiero infinito,
y contra su honor jamas
cosa alguna á nadie he dicho.
Leop. Qué infierno de casa es esta!
Yo estoy lelo y confundido.
La muchacha que no hay nada;
su tia que un precipicio
amenaza: habrá un hombre
mas infeliz y aburrido
que yo en el mundo? mi suerte
una y mil veces maldigo.

ESCENA IX.

Dichos y Bartolo.

Bart. Las sillas de arriba abajo
he movido, y no le encuentro.
Leop. Con qué nos vienes tú ahora?
todo se vuelve misterios.
Cecil. Lo que dice es que no encuentra
el mas fijo documento
para que te convencieras
de cuanto dicho te tengo.
Ahí está, pregúntale,
te dirá lo que hay en esto.
Él lo sabe, él lo ha visto,
es un testigo muy bueno.
Pregúntale. *Leop.* Pero qué

has visto, dí? sin remedio
me habeis de volver el juicio,
tras que tan cabal le tengo.
Isab. Ay de mí! perdida soy:
de pies á cabeza tiemblo. (*Apart.*)
Bart. Si yo, señor, no.... *Leop.* Ea, dilo,
y no me andes con rodeos.
Cecil. La verdad, no hay que mentir,
que es un asunto muy serio;
y la prenda mas amable,
que es la estimacion, va en ello.
Bart. Con que yo claritamente
he de decir lo que siento?
Leop. Sí señor. *Bart.* Pues sabed vos
que es el Hermano un perverso.
Leop. Un perverso! *Bart.* Si señor,
lo mismo que estais oyendo.
Leop. Pues cómo? por qué.... si yo....
Bart. Procurad estarme atento.
Digo pues que es el Hermano
un gazmoño, un embustero,
que aparentando virtud
que no tiene, ni por pienso,
os ha chupado muy bien,
y ha juntado buenos pesos.
Ha desbancado á Don Juan
con mil mentiras y enredos,
haciendo le echarais fuera
para meter él el cuezo,
y despues de haber logrado
completamente su intento,
pone sus miras mas altas,
queriendo haceros su suegro.
Leop. Yo su suegro! *Bart.* Si señor,
y ya no tiene remedio,
que lo habeis de ser por fuerza.
Leop. Cómo por fuerza? primero....
Bart. Pues no hay mas, que en su poder
tiene firmado el concierto
que entre él y vuestra hija
unánimes concluyeron,
mientras os fuisteis á ver
al bueno de Don Fulgencio.
Leop. Concierto los dos! *Bart.* Los dos
mutuamente convinieron
en desposarse cuanto antes
in facie Ecclesiæ. *Cecil.* Ves, terco,
por no querernos oir
á lo que has dado fomento?
Qué tal, es el sobrinito
el que me lleva? *Leop.* Aun no creo.
Cecil. Pues no lo creas, y estate
con tanta sorna y sosiego,
verás lo que te sucede
dentro de pocos momentos.
Leop. Tan adelantado está?
Bart. No adelantado, está hecho.
Leop. Pero, niña, vaya, vamos....
y qué respondes á esto?
Pero si esto es imposible;
pues cuando han tenido tiempo
para.... *Bart.* Cuándo? ay señor!
vos parece que estais lelo!
Cuando saliais de casa
él se colaba allá adentro,
buscaba á la Isabelita,
le decia mil requiebros
con mucho mimo y dulzura
un almibar todo hecho.
La hacia ver elocuente
lo ridículo del genio
que vos teneis: mil apodos
os ponia, chocho, puerco,
mala lengua, postemoso,
flemático y estafermo,
qué sé yo cuanto ensartaba
para que aborrecimiento
os tuviese vuestra hija!
y.... *Leop.* Calla, bastante veneno
he tragado, ya no sigas,
que me falta el sufrimiento.
Y tú, pícara, bribona,
tan deshonrosos denuestos
de un padre has podido oir
con ojos tan placenteros?
He de beber de tu sangre,
infame! *Cecil.* Déjate de eso:
escucha, y luego prudente
busca cuanto antes remedio,
para atajar á un mal largo,
encancerado y funesto.
Leop. Con que eso no es de ahora solo?
Bart. De ahora solo? hace lo menos
sus tres meses que el Hermano

os ha andado hurtando el cuerpo.
Leop. Pero, señor, es posible....
de dónde sabes tú esto?
Bart. Pues no me lo ha dicho nadie,
que todo lo he estado oyendo.
Bien ha sabido el bribon
hacer su papel, no es lego.
Leop. Pero qué infamia, señor!
valerse de lo mas recto
y sagrado! bribonaza!
Yo haré::: pero aun no es tiempo
Cecil. No está en eso lo mejor:
adelante con tu cuento.
Bart. No tengo mas que decir.
Cecil. Lo del papel, y lo diestro
que has andado en recogerle.
Bart. Ese es, señora, otro cuento
mas lastimoso y trágico
que ha sido todo el primero.
Leop. Pues dímelo ce por be,
que todo saberlo quiero.
Tengo de.... Canalla, mira....
Cecil. Repórtate, ves con tiento,
y solo busca ahora el modo
de que esto no tenga efecto.
Bart. Si no es nada: que encontré
esta mañana barriendo
el papel que al Hermanito
se le cayó por ser lerdo.
Leop. Con que tienes el papel?
Bart. Le tuve un poco de tiempo.
Leop. Con que es decir que ya no?
Bart. No señor, ya no, y es cierto
que no sé cómo ni dónde
se cayó, que no le encuentro.
Leop. Qué lástima no le tengas!
sin embargo, ya veremos....
venga usted acá, señorita,
mejor diré del averno
furia desatada.... *Isab.* Yo
no queria, y fingiendo,
papá, el Hermano, fue....
Leop. No hay Hermano ni veneno:
te has de acordar de tu padre,
villana: y ese es el tierno
y fino amor que á Don Juan
profesabas? *Cecil.* Ve con tiento,
Leopoldo, que ahora es cuando
necesitas mas consejo:
no te entregues al furor,
ni partas tan de ligero.
Márchate de aqui, Isabel,
con la criada allá dentro.
Isab. Ay dulce tia del alma!
en usted tan solo espero
que mire por mí. *Cecil.* Lo haré,
puedes ir segura de eso. (*Vas. Isab.*)

ESCENA X.

Los dichos, menos Doña Isabel.

Bart. No os sofoqueis, señor,
que todo tendrá remedio.
Cachaza, señor, cachaza.
Leop. Para cachaza está el tiempo,
podemos andar ahora
en dilaciones: yo suegro
de ese maldito tunante!
Bart. Quereis tomar mi consejo?
Leop. Como tuyo será él.
Bart. A fe de cristiano viejo
puedo asegurar que si
le tomais como yo ordeno,
dentro de muy pocas horas
no hay ya nada de lo hecho.
Leop. A ver cómo?
Bart. Eso es bien claro:
no tiene que venir luego
el Hermanito á las once
como acostumbra?
Leop. Sí. *Cecil.* Es cierto.
Bart. Pues bien, le recibireis
mas que nunca placentero,
le hablais su mismo lenguage,
dejais que eche cuatro textos,
que hable sobre la oracion,
honor y recogimiento,
y todas cuantas ficciones
virtuosas el perverso
sabe fingir, sin retarle,
ni ponerle un mal gesto.
Le decis teneis que hacer,
y le encomendais de nuevo
la instruccion de vuestra hija;
tomais baston y sombrero,

con grande serenidad
dais media vuelta fingiendo
que vais fuera, y en mi cuarto
os poneis para el acecho.
Y yo, si me dais licencia,
las costillas me le muelo
á garrotazos, y vos
atrapais el papel.... Esto
es necesario, señor,
con mucha cautela hacerlo.
Leop. Pues qué tiene el papel?
Bart. Yo, señor, me lo sospecho,
porque hoy muy de mañana
ha estado con el pretexto
de que pasaba por ahí,
y de qué subió á veros,
con que asi no seria extraño
que si lo vió por el suelo
el bribon lo haya cogido.
Leop. No me disgusta el proyecto.
Cecil. Pues ea, cuanto mas antes
en egecucion ponerlo,
que ya es hora de que venga
el perillan tras el cebo.
Leop. Vete, Bartolo, á tu cuarto,
y tú, Cecilia, allá dentro,
y llámame á la Isabel.
Cecil. Sí, sí, vámonos corriendo. (*V.*)

ESCENA XI.

Don Leopoldo.

Leop. Si me dejara llevar
de mi genio y de mi rabia,
trozos habia de hacer
al Hermanito y su alma.
Habrá usted visto demonio
mas demio? habrá canalla!
valerse de la virtud,
y buscarme las espaldas
para engañar á mi hija!
mas ella viene, cachaza
y prudencia, Leopoldo,
es lo que importa en la farsa.

ESCENA XII.

Dichos é Isabel.

Isab. Qué quereis, papá? *Leop.* Decirte
lo que me inspira y me manda
todo un amor paternal
en críticas circunstancias
como esta. Yo no intento,
ni jamas yo lo intentaría
violentarte, pero viendo
el disparate que tratas
hacer, me ha sido forzoso
manifestar las ventajas
que puedes tener si escuchas
los consejos de quien te ama.
Isabelita, que dices?
Isab. Yo, papá, no digo nada.
Leop. Pues es necesario pienses
en alguna cosa. Vaya,
qué me respondes, eh? di.
Isab. Me ha cogido la palabra,
y ya ve usted que seria,
faltar cosa muy pesada.
Leop. Pero tú, la verdad, vamos,
la has dado de buena gana?
Isab. Si he de decir la verdad,
no me salia del alma.
Leop. Con que solo por capricho,
y allá á la desesperada?
y si Don Juan insistiera
qué tal, eh? *Isab.* Lo despreciara.
Leop. A quién? *Isab.* Al Hermano.
Leop. Ah!
esa ya es otra sonata,
hay muchísima diferencia
del uno al otro: ay es nada!
Pero vamos qué resuelves?
Isab. Ya ve usted que mi palabra
y el papel median.
Leop. Que medien,
eso es una patarata.
Dime tu resolucion,
que yo sabré hacer con maña
que el Hermano se retire,
y no vuelva mas á casa.
Isab. Lo que usted, papá, disponga
haré de muy buena gana;
y si he obrado lo contrario,
del Harmanito las máximas
y vuestra opresion, han sido
el fundamento y la causa.

Leop. Lo conozco, Isabelita,
llega á mis brazos, y enlaza
estrechamente los tuyos
con los de un padre, que acaba
por ser terco é indiscreto,
de exponerte á una desgracia.
Isab. Ah! papá, qué pesarosa
estoy de haber sido causa
de tan grandes sentimientos!
Leop. Hija de mi corazon, alza;
todo se remediará.
Yo te empeño mi palabra
de hacerte desde hoy feliz;
mas es preciso que hagas
lo que te voy á decir
con la mayor vigilancia:
luego que venga el Hermano,
hazte la disimulada,
correspóndele obsequiosa,
y sobre la boda trata
con él en el mismo tono,
como que no ha habido nada,
y con la mayor reserva
has de ver como le sacas
el papel, que asi conviene.
Isab. Muy bien.
Leop. Que yo con maña
me meteré en ese cuarto.
No tienes que temer nada:
estás? *Isab.* Si señor.
Leop. Pues.... (*Tocan una campanilla.*)
Él es, á la puerta llama:
vesle tú corriendo á abrir.
En qué te detienes? anda.
No sabes bien, Hermanito,
la que te está preparada:
sin remedio, sin remedio
vas á caer en la trampa:
yo te aseguro que luego....

ESCENA XIII.

Dichos y el Donado.

Do. Deo gracias. *Leo.* A Dios sean dadas.
Donad. Válgame Dios lo que sudo:
vaya por Dios todo, vaya:
he estado oyendo el sermon,
y ha sido la gente tanta,
que parecia la iglesia
un horno mal comparada:
qué sudar, señor! *Leop.* Y en dónde?
Donad. En las monjas calatravas:
qué pico, señor, qué pico!
y cántas cosas al alma
nos ha dicho aquel buen fraile!
cierto que me edificaba.
Bendito sea el señor
que cria tan buenas almas!
Leop. Siéntese usted, Hermanito,
y descanse. *Donad.* Ya tengo ganas.
Leop. Yo me voy por allá dentro,
que la obligacion me llama. (*Vas.*)
Donad. Lo primero es lo primero,
que en todo siempre se agrada
al señor, si le ofrecemos
con resignacion la carga.

ESCENA XIV.

Isabel y el Donado.

Donad. Y cómo va, Isabel mia?
con tal impaciencia se halla
mi amor cuando no te veo,
que los minutos semanas
se me hacen, pues es mucha
esa discrecion y gracia,
esa hermosura y ese garbo.

ESCENA XV.

Dichos y Don Leopoldo.

Leop. Dónde dejaste, muchacha,
aquel librito pequeño
en que estaba aquella carta?
Isab. Encima del guardaropa.
Leop. Voy à ver si puedo hallarla. (*Vas.*)

ESCENA XVI.

Los mismos, menos Don Leopoldo.

Donad. Qué de ramos! que limpieza!
que de cortinas y arañas,
y sobre todo que música!
un cielo la iglesia estaba.
Has descansado, bien mio,
esta noche? *Isab.* Desvelada
la he pasado casi toda.
Donad. No lo extraño, pues quien ama
no halla quietud ni sosiego
si no es en la cosa amada.
Eso me sucede á mí,
Isabelita del alma,
cuando de ti estoy ausente.
Qué oracion tan bien hilada

ha dado terriblemente
sobre la mala crianza
de los hijos, y el peligro
á que á sus hijas incautas
suelen exponer á veces
muchos padres! sí, clavada
una hora se ha estado:
no cabia una naranja.

ESCENA XVII.

Dichos y Don Leopoldo.

Leop. Dónde me has dejado el lacre,
que dice tu tia andabas
con él no hace muchas horas?
Isab. Alli en la escusabaraja.
Donad. Pues no es mala la pension
que os tomais. *Leop.* Escusada
seria si esa niña (*Vase al cuarto*
todo no me lo enredara. (*del criad.*)
Nada encuentro en su lugar.

ESCENA XVIII.

El Donado é Isabel.

Donad. Pues no es esta mala gaita,
si da en entrar y salir
ese vejete canalla.
Isab. Ya no saldrá, no señor,
porque nada le hace falta,
puede usted hablar del caso
con la mayor confianza.
Donad. Y tu tia? *Isab.* Adentro está.
Donad. Y Bartolo y la Criada?
Isab. Tambien estan allá adentro.
No tema usted, hable clara
y lisamente lo que
ocurre. *Donad.* Allá voy, aguarda:
Jesus, Jesus que viveza!
Isab. No quiero gente pelmaza
á mi lado, no señor.
Donad. Pues sabe que ya firmada
la obligacion que hemos hecho
tengo tambien: nada falta
mas que vengan los testigos
que deben autorizarla.
En este mismo momento,
para que.... suenan pisadas?
Isab. No señor. *Donad.* Estoy, muger,
en un hilo con mi alma.
Necesitamos reserva,
y si nos oyen, frustradas
quedarán por mas que hagamos
despues nuestras esperanzas.
Isab. Pero donde está el papel?
Donad. Aqui: ten paciencia, aguarda,
que te voy á prevenir
para que estés avisada.
Isab. Pues bien, despache usted,
que el tiempo vuela, y se pasa.
Donad. Mira, mañana á la tarde,
á eso de las cinco dadas,
está dispuesta, pues creo
que del poder del canalla
de tu padre te se saque,
sin que la bula le valga,
ni su diabólico genio,
ni sus gritos ni amenazas:
serás mia, sí, Isabel?
qué, te ries? di, gitana?
Isab. Pues que he de hacer?
Donad. Picarilla,
dime la verdad, me amas?
Isab. Con todo mi corazon.
Donad. Seductorcilla, me engañas?
eh? la verdad? *Isab.* No señor.
Donad. Bravo! viva esa gracia.
Pues como te voy diciendo,
á eso de las cinco dadas
has de hacer por estar lista:
ten la ropa preparada,
y todo lo necesario,
sin que lo huelan en casa.
Isab. Y el papel? *Donad.* Aqui le traigo
guardado como una alhaja.
Isab. Pues déjemelo usted ver.
Donad. Que has de ver, si ya no falta
ningun otro requisito,
y es expuesto: dime, hablan
dentro? *Isab.* No señor. *Dona.* Estoy
hasta salir de esto en brasas.
Isab. Con que usted ya le ha firmado?
Donad. Qué simpleza! eso faltaba,
que yo no lo rubricara.
Isab. Pues déjemelo usted ver...
y á qué tal desconfianza?
sáquelo usted, que yo quiero
verlo. *Donad.* No seas pesada,
que no lo ves. *Isab.* Pues yo quiero.
Donad. Que me marcho sino callas?
tú darás motivo.... á qué
tal empeño? *Isab.* Tengo ganas.

Donad. Muchas mas tengo yo.
Isab. Que registro aqui en las mangas.
Donad. Ya te guardarás muy bien;
no seas adelantada.
Isab. Pues yo quiero verlo, ea.
Donad. A mí no me da gana.

ESCENA XIX.

Dichos, Don Leopoldo y Bartolo.

Leop. Saque usted ese papel
donde constan las marañas,
y no vuelva á atravesarme
los umbrales de mi casa.
Donad. La Isabel es cosa mia,
y asi os será ya vana
cualquiera resistencia: consta
en este papel la grata
y mutua voluntad de ambos.
Bart. Señor, descargo la estaca?
Leop. No hay voluntad ni diablo
que en aqueste lance valga.
Usted ha sido un seductor
de mi hija poco cauta;
un pérfido, que so color
de virtud, metió cizaña
en una familia, valiéndose
de calumnias y de trampas.
Donad. El papel yo no le suelto
aunque el mundo se empeñara:
su hija de usted es mia.
Bart. Señor, descargo la estaca?
Leop. Ignora usted por ventura
que no puede voluntaria,
sin consentimiento mio,
haber dado tal palabra?
Donad. Lo dicho, dicho: Isabel
es mi esposa ya.

ESCENA XX.

Dichos, Cecilia y Teodora.

Cecil. Aguarda,
ahorremos ya de voces,
hable por sí la muchacha.
Donad. Que hable, muy bien, si señor,
diga su voluntad clara.
Isab. Pues mi única voluntad
es solo hacer lo que manda
mi padre, que interesado
en mi bien, mejor alcanza
que yo lo que me es mas útil.
Leop. Ea pronto, sin tardanza,
deme usted ese papel, (*Suena*
si no quiere que le abran (*una cam-*
de un porrazo la cabeza. (*panilla.*
Bart. Señor, á la puerta llaman.
Leop. Pues marcha corriendo á abrir.
Cecil. Quién será que tan de ganas
tira de la campanilla?
Leop. Sin duda alguna embajada
aneja á mi ministerio.

ESCENA XXI Y ULTIMA.

Dichos, y un Alcalde con ronda.

Alc. Dios os guarde: se halla en casa
Don Leopoldo Cepeda?
Leop. Servidor de usted, qué manda?
Alc. Deténgase usted, Hermano. (*Al*
Os parecerá extraña, (*Donado.*
Don Leopoldo, á estas horas
la justicia en vuestra casa?
Leop. Lo extraño mucho. *Alc.* Pues no
teneis vos que temer nada.
Escribano, lea usted
este papel en voz alta. (*le da un pap.*)
Escrib. lee. „Habiendo llegado á nues-
„tra noticia que Alvaro Mesena, na-
„tural de Córdoba, se halla disfra-
„zado en esa Corte hace seis meses
„con el trage de Donado, remitimos
„á V. S. la presente requisitoria para
„que con las precauciones necesarias,
„y diligencias mas activas, se sirva
„disponer su captura; y realizada que
„sea, se le conduzca bien asegurado
„hasta esta cárcel para el cumpli-
„miento de su sentencia. Dios guarde
„á V. S. muchos años. Granada 13
„de Julio de 1808. = Sr. D. Deogra-
„cias Marchante."
Bart. Nunca me entró el tal Hermano:
bien decia yo, aqui hay trampa. (*ap.*)
Alc. Pues, señores, recibida
esta comision tan ardua,
supe por varios espias
en esta misma mañana
ser el señor á quien busca
el tribunal de Granada,
con que asi no hay que oponerse
á que las órdenes dadas
se cumplan: contraventor
es de la ley que le agrava
por la fuga que há emprendido
antes que se sentenciara

su causa judicialmente.
Bart. Providencia mas bien dada
no se ha dado desde que
hay juez, alcaldes y sala.
Sí, sí, llévensele ustedes,
que aqui no nos hace falta.
Leop. Tened tambien entendido,
que el señor con gran solapa
ha seducido á mi hija,
sacándola una palabra
por escrito que conserva,
sin haber fuerzas humanas
para hacer que la devuelva,
y en esta pendencia estaba
cuando á la puerta llamasteis.
Donad. Ella libre y voluntaria
la ha otorgado sin violencia.
Alc. Que importa que la otorgara?
Entregue usted la escritura
á su padre, y de ella haga
el uso que se le antoje.
Donad. Con mucho dolor del alma
se la doy: tómela usted.
Bart. Eso tan solo faltaba,
que un Hermano advenedizo
se calzase la muchacha:
aunque no hubiera en el mundo
hombres! *Donad.* Con él no va nada.
Bart. Sí va, y no me replique,
no le mida las espaldas.
Donad. Lo que me has de dar al punto
es el bolsillo, canalla.
Escrib. Cómo es eso de bolsillo?
Bart. No le creais, que desbarra.
Donad. El bolsillo, si señor,
que le he dado en esta sala.
Alc. Qué bolsillo es ese? *Donad.* El que
le he dado porque callara,
y me volviese el papel,
y no hablase una palabra.
Leop. Con que le diste el papel?
Bart. Señor, si me amenazaba
con un bolsillo tamaño,
qué extraño me deslumbrara!
Escrib. Venga aqui ese bolsillo.
Bart. Tómele usted, y dél haga
lo que juzgue conveniente.
Escrib. Alguna moneda falta?
Bart. No señor, está tan vírgen
como cuando entró en la faja;
ni aun siquiera le he tocado.
Alc. Este pues es de ganancias
y limosnas mal habidas;
haré yo que se reparta
entre los pobres del barrio.
Será una obra muy grata
á los ojos del Señor.
Y usted con facultad amplia
puede en todo disponer
de vuestra hija, y casarla
á vuestro gusto y el suyo,
segun las leyes lo mandan.
Leop. Vive segura y feliz,
Isabel de mis entrañas,
pues desde hoy te prometo
el que quedes desposada
con tu querido Don Juan,
que no menos tolerancia
que tú y resignacion
ha tenido por mi causa.
Isab. Dulce padre de mi vida,
nada menos esperaba
de vuestro amor paternal
esta hija tan amada.
Bart. Señor, y pierdo el bolsillo?
Leop. Cobrarás doble mesada,
y puedes contar conmigo
en el resto que te falta
de vida, pues aunque muera
te dejaré señalada
una buena cantidad,
sin que nada te haga falta.
Bart. Una y mil veces, señor,
os doy infinitas gracias.
Alc. Atad corriendo al señor,
y á la cárcel en volandas.
Y en el egemplo presente
vean todos los que engañan
con su devocion fingida
al pueblo, que por mas que hagan
ellos con su hipocresía,
el precipicio se labran,
que no puede la maldad
estarse siempre ocultada.

Valencia: Imprenta de José Gimeno, frente al Miguelete, donde se hallará esta con otras diferentes. 1823.

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T445
v.3
no.7